

Discurso Puesta en Circulación libro “La CLAC y la defensa del pequeño productor”, Funglode, Santo Domingo, 10/12/2012

Autor: Marco Coscione

Hace un año, publicamos aquí en la Fundación el primer libro de Comercio Justo en el país.

“Comercio Justo en la República Dominicana: café, cacao y banano”, además de introducir el público dominicano al concepto de comercio justo y a la historia de este movimiento social internacional, recopilaba diez experiencias concretas de organizaciones de pequeños productores en los tres rubros de producción y exportación mencionados.

Según las críticas que hemos recibido, ese libro despertó bastante interés sobre el tema, un tema muy desconocido en la sociedad dominicana y sobre el cual (así como sobre los otros ámbitos de la economía solidaria) prácticamente no hay publicaciones o investigaciones profundas.

En esta ocasión el público dominicano tiene la oportunidad de conocer los contenidos de otra obra innovadora que recoge la historia, los desarrollos presentes y los desafíos futuros de la Coordinadora Latinoamericana y del Caribe de Pequeños Productores de Comercio Justo, mejor conocida como CLAC, sobre la cual aún no se ha escrito ningún trabajo de investigación. Este, de hecho, es el primer libro que profundiza detenidamente en el papel político y social que la CLAC está desarrollando dentro del movimiento por un comercio con justicia.

Durante esta investigación, algunos me preguntaban si este libro iba a ser la segunda parte del primero. Al estilo película de Hollywood: Rocky 1, Rocky 2, Rocky 3, etc. Pero la verdad que los enfoques de los dos libros son bastante distintos. A pesar de ello, también es verdad que quien no tiene algún conocimiento de lo que significa concretamente el comercio justo difícilmente puede entender todos los contenidos que se tratan en la presente publicación. Es un trabajo que profundiza diferentes aspectos de estas redes comerciales

solidarias y, sobre todo, nos abre caminos dentro de las entrañas de un movimiento que ya puede contar con 70 años de historia. Y lo hace desde la perspectiva del Sur, de nuestro continente latinoamericano.

Para algunos, el comercio justo está en continuo crecimiento, para otros definitivamente estancado y profundamente dividido; para unos es solo un nicho mercado, para otros una alternativa viable a la lógica excluyente del mercado tradicional. Si lo miramos solo desde un punto de vista puramente cuantitativo, seguirá siendo un pequeño nicho de mercado que, a pesar del crecimiento de los últimos años, difícilmente podrá representar una alternativa real al actual sistema económico y comercial internacional... Sin embargo, si lo miramos desde el punto de vista cualitativo, los contenidos y las evaluaciones cambian sustancialmente. Y esperamos que la calidad de sus relaciones siga influyendo positivamente en la cantidad

De algo no cabe duda: el movimiento por un comercio justo se ha caracterizado, desde sus inicios, por continuas reflexiones y un constante cuestionarse para responder a diferentes desafíos y contradicciones. No es un movimiento estático: sabe adaptarse a distintas visiones, mantener su carácter internacional y, al mismo tiempo, abrir brechas a nivel local. Es un movimiento que atrae. Diferentes actores externos están incursionando en él y hasta lo están alterando. Por esta razón, ha estado valorando diferentes caminos; opciones que representan también la diversidad de visiones sobre aquel mundo más solidario que muchos queremos construir. Es un movimiento que ha sabido cautivar también la atención de la academia: de las ciencias económicas a las ciencias sociales; de la etnografía a la antropología; de las ciencias políticas a las relaciones internacionales. A pesar de que las miradas académicas prevalecientes sigan siendo la europea y la norteamericana, también hay académicos y autores latinoamericanos que se dedican al comercio justo como ámbito de estudio, investigación y reflexión atenta a través del cual ampliar la mirada hacia el desarrollo humano y sostenible, o hacia alternativas a este. Principalmente, desde el medio rural.

Hoy día, el actor que está protagonizando tanto las protestas en contra del alejamiento del comercio justo “institucionalizado” de los principios originarios del movimiento, como las propuestas por un nuevo entender y “caminar” el comercio justo a nivel internacional, es la ya mencionada CLAC. Constituida en agosto de 2004, la CLAC representa a más de 300 organizaciones de pequeños productores en 21 países de la región y es, sin duda, la más importante y más activa, de las tres redes de productores de comercio justo certificado por la *Fairtrade Labelling Organizations International* (mejor conocida como FLO). Actualmente solamente *Fairtrade International*.

Los orígenes y la historia de la CLAC son bien interesantes. A ellos se dedican principalmente los capítulos segundo y cuarto del libro. Gracias a las entrevistas que llevé a cabo he podido reconstruir sus primeros pasos y evidenciar las principales problemáticas que desde un comienzo han estado presentes en las discusiones y construcciones colectivas al interior del movimiento.

El tema en el que últimamente se está profundizando más desde la academia es también el que más preocupa tanto a las organizaciones de pequeños productores como a las que defienden el sentido originario del comercio justo y, por tanto, a los consumidores más informados y más comprometidos: la expansión del movimiento dentro de la lógica del mercado tradicional y la ampliación de las redes de producción y distribución a actores externos que nunca han hecho del comercio justo su razón de ser.

Como señalan varios autores, las relaciones de comercio justo están viviendo un cambio profundo, moviéndose de la *partnership* (asociación) a la *traceability* (trazabilidad). O sea, de un entorno o de una relación de reciprocidad más humana a un espacio más empresarial y comercial stricto sensu.

Este cambio está generando, inevitablemente, transformaciones en la idea de comercio justo que el propio consumidor puede desarrollar de manera individual, y alteraciones en el sentido educativo que las organizaciones de comercio justo construyen y transmiten a través de sus actividades comerciales y de sensibilización.

Si una de las características centrales del comercio justo (a diferencia de otros nichos de mercado como el orgánico o el comercio «étnico») ha sido relacionar directamente al pequeño productor marginado del Sur con el consumidor consciente del Norte, la «despersonalización de la ética relacional», que caracteriza el proceso que según varios autores está viviendo actualmente el comercio justo (a través, por ejemplo, de las ventas en las grandes superficies, la distribución por parte de multinacionales o la producción en plantaciones), puede tener el riesgo de diluir rápidamente los valores originarios y el compromiso sociopolítico de este nuevo movimiento social internacional.

Los pequeños productores latinoamericanos, aglutinados en la CLAC, desde un comienzo han entendido claramente la deriva de un sistema de certificación de comercio justo que ellos mismos ayudaron a impulsar en la segunda mitad de los años '80. Recordemos que la primera certificación de calidad de comercio justo (el sello Max Havelaar) nació en 1988 gracias a la colaboración entre la ONG holandesa Solidaridad y la Unión de Comunidades Indígenas de la Región del Istmo (UCIRI, de Oaxaca, México).

Diez años después nació FLO que, poco a poco, se ha convertido en una enorme maquinaria donde priman intereses poco claros y sobre todo de corto plazo. La visión estratégica de esta organización, según los pequeños productores latinoamericanos, se ha alejado profundamente de los principios originarios del comercio justo (la defensa del pequeño productor organizado como verdadero corazón del sistema), diluyendo sus estándares y englobando, en sus circuitos, actores que nada tienen (ni quieren tener) que ver con el movimiento social que busca reequilibrar las relaciones comerciales globales y de esta manera redistribuir las riquezas. Estamos hablando de actores como los grandes supermercados globalizados o las plantaciones, pero también de los nuevos proyectos de producción por contrato entre una entidad comercial (por ejemplo una exportadora) o una ONG, y productores individuales no organizados.

Según los investigadores Daniel Jaffee y Philip H. Howard (2009), el proceso de «cooptación» llevado a cabo por los poderes económicos tradicionales, en este caso las grandes corporaciones, se ha expresado, tanto en el caso del movimiento

por una agricultura orgánica como en el caso del comercio justo, a través de dos caminos: la captura u ocupación de la entidad reguladora y el debilitamiento de los estándares, con el fin de ablandar las estructuras organizativas y los estándares de un movimiento económico que, con sus prácticas, está desafiando la lógica de la acumulación de capital y el statu quo. Lo irónico, en el caso del comercio justo, es que el proceso de cooptación y progresiva entrada de las corporaciones en sus circuitos coincidió con una campaña de activismo social promovida por la ONG Global Exchange en contra del gigante del café Starbucks. En abril del año 2000, justo antes de que se llevasen a cabo acciones simultáneas en 29 ciudades norteamericanas, Starbucks accedió a dejar entrar el café certificado Fairtrade en sus establecimientos en los Estados Unidos. De ahí en adelante, otros actores como Procter & Gamble, Nestlé, Dunkin Donuts y McDonalds empezaron a incursionar en el nicho (Jaffee y Howard 2009: 392).

¿Cómo podrían haberse impedido ciertos cambios? ¿De qué manera las iniciativas de certificación pueden evitar la cooptación y el debilitamiento de los estándares? Según Jaffee y Howard (2009: 395-396), el movimiento por un comercio justo debería haber reforzado sus barreras, por lo menos, en cuatro ámbitos:

El primero guarda relación con la velocidad del proceso: prevenir los efectos negativos de los cambios rápidos a través de una gestión del crecimiento.

El segundo con el tamaño de los actores participantes: la entrada de las plantaciones amenaza seriamente los ingresos y la estabilidad de los pequeños; en este sentido, nuevas iniciativas agroalimentarias, particularmente las que se basan en una certificación, deberían especificar barreras claras para que los criterios eviten la entrada de los actores más grandes.

El tercero tiene que ver con la estructura de las organizaciones que administran las iniciativas (sobre todo de certificación): en este caso, el diseño de estas estructuras organizativas es fundamental y debe basarse en los principios y valores fundacionales del movimiento.

Y el cuarto con la naturaleza de las respuestas del movimiento: deberíamos preguntarnos, ¿Cuál debería ser el verdadero papel de los «ciudadanos-

consumidores»? ¿Qué efectos tienen las críticas a la cooptación del movimiento por parte de las grandes corporaciones sobre las percepciones de los consumidores, sobre todo en relación con los sellos?

Estos aspectos tan controversiales se analizan detenidamente en diferentes capítulos del libro, pero sobre todo en dos: el capítulo 5 (La CLAC en el sistema FLO) y el 6 (El café de comercio justo en los Estados Unidos, Fair Trade USA y la salida del sistema FLO).

En este panorama, el papel de la CLAC ha crecido considerablemente. Ya no es solamente una de las redes de productores del circuito FLO, sino representa el actor principal en el proceso de revisión y reelaboración de los principios del comercio justo desde el Sur. Los cambios en la gobernanza interna del sistema de certificación FLO, el fortalecimiento de la red regional y de sus lazos con los pequeños productores de los otros continentes, y el lanzamiento de una nueva certificación desde el Sur y propiedad de los mismos productores, el Símbolo de Pequeños Productores (cuyos objetivos principales son la diferenciación de los productos elaborados por los pequeños agricultores al interior de los circuitos justos y la apuesta por los mercados locales y nacionales en los países de la región latinoamericana), representan las nuevas luchas de las organizaciones de comercio justo en América Latina.

Para eso todavía hace falta desarrollar mejores estrategias de incidencia política, hace falta crear mercados nacionales de comercio justo y poner las bases para un posible comercio justo Sur-Sur. A estos temas se dedican cuatro capítulos: el 7 (la defensa del pequeño productor), el 8 (Fundeppeo y el Símbolo de Pequeños Productores), el 9 (La incidencia política para un comercio justo desde el Sur) y el 10 (Los mercados nacionales y el comercio justo Sur-Sur).

Después de estos aspectos, y antes de entrever posibles desafíos futuros para todo el movimiento a nivel global y para la CLAC en Latinoamérica, he dado amplio espacio a tres problemáticas que, a mi juicio, son centrales en la construcción “desde abajo y desde el Sur” de un nuevo sentido dentro del comercio justo: la Soberanía Alimentaria y la diversificación de la producción

(capítulo 11), la mujer productora y la equidad de género (capítulo 12) y la adaptación de la agricultura a pequeña escala al cambio climático (capítulo 13).

Este libro no tiene conclusiones o recomendaciones. El proceso de la CLAC es demasiado joven y en efervescencia para poder dar opiniones terminadas. Los mismos entrevistados dejan puertas abiertas a las interpretaciones, a pesar de que todos identifican un camino bien claro.

La fuerza del movimiento por un comercio justo se medirá por su capacidad de volver al camino originario: la defensa del pequeño productor organizado. En ello, todos los miembros de la CLAC tienen las ideas claras. Volver al pasado es caminar hacia el futuro, tanto en la organización de los lazos comerciales justos, como en las relaciones entre el ser humano y la madre tierra.

En este sentido, los pequeños productores y agricultores nos están trazando las pautas a seguir. «El pequeño productor –relataba Marike de Peña, de la organización “Bananos Ecológicos de la Línea Noroeste” (Banelino), presidenta de la CLAC y de la Coordinadora Dominicana– vive en su comunidad y con ella. Si él progresa y mejora su condición de vida, también progresan su familia y la comunidad, y viceversa». Todos los elementos de desarrollo comunitario (educación, salud, ocio, deporte, cultura y religión) están estrictamente ligados a la vida del pequeño productor, y éste teje y mantiene lazos solidarios con los otros miembros de la comunidad: «Cuanto más pobres son las comunidades, más solidarios resultan ser estos lazos y las redes que a partir de ellos se construyen. El pequeño productor destina sus ingresos principalmente a dos cosas: al consumo familiar, beneficiando a otros productores o comercios rurales, y a la producción misma, manteniendo vivo el vínculo con la tierra».

Un desarrollo integral solo puede empezar del desarrollo rural y éste depende en gran medida de la manera en la cual se controlan los dos recursos fundamentales: tierra y agua. No es una casualidad si el primer capítulo de este libro lo he dedicado a la conexión entre estos recursos y la tendencia al agronegocio, así como al acaparamiento de tierras, en todo el continente.

De hecho, los primeros pasos del movimiento por un comercio justo se dieron en un periodo histórico, la segunda posguerra, durante el cual el sector agroindustrial incrementó enormemente la explotación de los terrenos y de los recursos naturales, intensificó el uso de químicos y favoreció la concentración corporativa, la desregulación nacional y la producción masiva de productos estandarizados globalmente. Es la llamada «race to the bottom», la carrera hasta el fondo, una explotación con las peores consecuencias para los seres humanos y para la naturaleza.

Como subraya João Pedro Stedile, miembro de la Coordinación Nacional del *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST) de Brasil, esta tendencia se agudizó en la fase del capital financiero globalizado (durante las tres últimas décadas) que, poco a poco, ha ido controlando el sector agropecuario a través de varios mecanismos:

- 1) [uno] con los excedentes del capital financiero, los grandes bancos han ido comprando medianas y grandes empresas del agro, acelerando la concentración en el sector: este creciente control oligopólico ha generado el alza de los precios de los alimentos, que ya no tenían que responder al valor del mercado sino a las pretensiones de ganancias y especulaciones de las empresas;
- 2) [dos] la dolarización de la economía y las injustas reglas del mercado mundial permitieron a las grandes transnacionales penetrar fácilmente en las economías nacionales, dominando los mercados de producción y el comercio de las commodities;
- 3) [tres] la dependencia del crédito bancario obligó a los pequeños y medianos a producir de manera «industrial», lo que los mismos bancos promueven para defender sus intereses y los de sus clientes.

El desarrollo del *agribusiness* se profundizó durante las recientes crisis y provocó algunas de ellas. Para protegerse de la volatilidad de sus capitales, los grandes grupos económicos del Norte empezaron a invertir en activos fijos del Sur, como – y cito Stedile– «tierra, minería, materias primas agrícolas, agua, territorios con

alta biodiversidad, inversiones productivas y producción agrícola. Y también en el control de fuentes de energías renovables, sean las hidroeléctricas o las centrales de etanol» (ALAI, 2010: 2).

El alza del precio del petróleo, además, impulsó la producción de agrocombustibles, con la consiguiente deforestación y contaminación. Y las concentraciones y especulaciones, tanto en los mercados agrícolas como en las redes de distribución y grandes superficies, condujeron al alza de los precios de los alimentos. El modelo de producción agrícola industrial –cito Stedile (ALAI, 2010: 5)– «es totalmente dependiente de insumos como los fertilizantes químicos y los derivados del petróleo, que tienen límites físicos-naturales [...]. Por lo tanto, tiene su expansión limitada a mediano plazo»; además, produce alimentos cada vez más contaminados y que contienen organismos genéticamente modificados, expulsa a los campesinos de las zonas rurales a las periferias de las grandes ciudades, destruye la biodiversidad y altera por completo el clima terrestre.

Preguntémonos: ¿Son estas las características de la agricultura a pequeña escala? Evidentemente NO. ¿Es este el desarrollo rural que queremos para nuestros países? Esperemos que NO.

Estas son las preguntas de fondo detrás de todo el texto. Estas son las reflexiones a las cuales nos invitan también los pequeños productores de comercio justo de la región. ¿Seremos capaces todos nosotros de escucharles? ¿Tendremos la necesaria voluntad política para entender cuáles son de verdad nuestras necesidades y hacia dónde y cómo tenemos que avanzar?

Quizás el desafío más inminente para el comercio justo, como dice Frans Van der Hoff, uno de los fundadores de la certificación Max Havelaar, sea el de incrementar sustancialmente las prácticas democráticas en el seno de sus instituciones, así como dentro de las organizaciones de base. Gran parte del proceso de innovación del comercio justo tiene que empezar por aprender de las experiencias de los productores del Sur, quienes de verdad pueden entender los problemas reales y no los síntomas y quienes, hoy día sobre todo desde el continente latinoamericano, están asumiendo un papel político-social muy activo, indispensable para reequilibrar y “descolonizar” las relaciones Norte-Sur. Y cito

Van der Hoff: «Los actores del Norte deben aprender a escuchar y respetar el punto de vista de sus socios del Sur. [...] Muchos actores del Norte creen que pueden solucionar los problemas rápidamente. No aceptan que se requiere tiempo para corregir las deformaciones socio-económicas que el sistema capitalista ha producido durante siglos». Los productores del Sur saben muy bien que el problema no es la pobreza, sino la falta de control democrático sobre el sistema. «Trasmitir estos mensajes desde la experiencia de los pobres [...] es quizás el ligado más importante que el Comercio Justo puede dejar a las futuras generaciones».

En un mundo de crisis y de profundos cambios climáticos, las poblaciones que demuestren menos capacidades adaptativas y de mitigación serán las más afectadas. Los pequeños productores rurales de todos los continentes corren el riesgo de sufrir niveles de pobreza aún más altos de los que están viviendo; sin embargo, también se les presenta un considerable desafío y la oportunidad de demostrar al mundo entero que lo que podríamos llamar «el regreso a un nuevo pasado» puede representar la clave más lógica y más eficiente de adaptación al cambio climático y de mitigación de sus efectos negativos. Cito nuevamente a Frans Van der Hoff.: «Si el conocimiento humano y los avances científicos resultan insuficientes para solucionar este problema, se precisa algo más que solo innovación tecnológica e ingenio. Al final, todo dependerá de nuestra sabiduría. Sabiduría no es lo mismo que conocimiento [...] La sabiduría tiene que ver con la capacidad humana de establecer prioridades, aceptar límites y hacer elecciones».

Repito: establecer prioridades, aceptar límites y hacer elecciones...

Este libro es una invitación concreta, interesante y provocadora a conocer la sabiduría de los pequeños productores latinoamericanos y caribeños, en sus luchas cotidianas hacia la construcción de un comercio justo aún más justo.

MUCHAS GRACIAS